

Aunque existen dos introducciones, una para la Edad Antigua y otra para la Medieval, esta última sirve como introducción general para el comentario de textos históricos (pp. 127-132), y a ella se remite la Introducción al comentario de textos antiguos, con algunas precisiones: la mayor distancia entre acontecimiento y referencia suele requerir el comentario de dos épocas en el mismo texto, la del acontecimiento y la del autor (a lo que habría que hacer la importante salvedad de algunos historiadores antiguos, autores de «historia contemporánea», donde el problema estriba precisamente en su personal implicación en los hechos relatados); el carácter exclusivista de la mayoría de las fuentes del mundo antiguo, agudizado en la concepción del Imperio romano como centro de la evolución de la humanidad. Difícilmente se encuentran alternativas que sirvan de contraste a las fuentes «oficiales». La Historia Antigua es la historia de una época de la humanidad vista desde una perspectiva que responde a los intereses de una parte relativamente reducida de esa humanidad. La herencia de esa perspectiva sigue influyendo para que sea geográficamente limitada.

Sobre cada época se exponen también unas características muy generales de su personalidad histórica. El intento de comprimir un periodo tan complejo quizás sea el responsable de que se diga de él que «conoció también las luchas entre distintas clases de población, entre capital y trabajo» (p. 6). Habría sido interesante que las introducciones se acompañaran de mapas.

En cada capítulo hay siempre un «modelo de texto analizado» de acuerdo con las normas generales de pp. 127-132. El resto de los textos se expone escuetamente con una bibliografía y pequeñas introducciones por temas. Hay que señalar que para la Grecia arcaica sólo se utilizan textos referentes a las colonizaciones o a Atenas. Esparta y las demás ciudades, los procesos generales de la sociedad aristocrática y la tiranía, podían haberse resuelto con textos poéticos o tardíos. Alguna otra época queda también algo oscura, como el siglo IV a.C., en que sin duda tiene gran importancia la evolución social que se refleja en la oratoria ática o en los textos filosóficos. Tal vez la impresión sea excesivamente «fáctica». La visión de Roma también quedaría enriquecida con algún texto legislativo, o incluso poético. Difícilmente se puede conocer mejor la época de Augusto que a través de algunos versos de Horacio o Virgilio.

A la Hispania antigua se le dedica un capítulo aparte. Tal vez haya que ir reconociendo que se han generalizado definitivamente transcripciones como *Kolaios*.

Madrid, 1985.

DOMINGO PLÁCIDO.

Universidad Complutense.

L.-M. HANS: *Karthago und Sizilien. Die Entstehung und Gestaltung der Epikratie auf dem Hintergrund der Beziehungen der Karthager zu den Griechen und den nichtgriechischen Völkern Siziliens* (VI-III Jahrhundert v. Chr.): Hildesheim-Zürich-Nueva York, 1983 (Editorial Olms), 274 pp.+3 lám.

La actuación cartaginesa en Sicilia durante la época que abarca desde el siglo VI al III a.C. es el contenido de la tesis doctoral que reseñamos. La autora dedica su especial atención a dos facetas del problema: mientras que la primera parte del libro

cuestiona, verifica o refuta la amplia gama de opiniones existentes sobre las líneas generales —y también detalles parciales— de la presencia cartaginesa en la isla, la segunda parte centra sus miras en el análisis de las estructuras que de estos acontecimientos derivan. Por consiguiente son comentados ampliamente los procesos de la instauración, organización y funcionamiento de la *epikratía* cartaginesa en Sicilia.

El método de trabajo utilizado se ajusta a la situación de los testimonios disponibles. Siguiendo el hilo de las fuentes literarias —especialmente Heródoto, Tucídides, Timeo/Diodoro, Estrabón— se precisan en principio los pormenores de los primeros contactos entre Cartago y Sicilia. Recurriendo a los restos arqueológicos y a la evidencia numismática y epigráfica se elabora un entramado histórico útil y necesario que permite penetrar en las vicisitudes del tema. Las alianzas y enemistades, la cooperación y adversidad entre los diferentes grupos étnicos que poblaban la isla —fenicios, griegos e indígenas— forman la base para enjuiciar la posterior actuación política de Cartago. Precisamente dentro de este contexto se inserta un problema histórico de trascendental relevancia. Nos referimos al carácter de la política exterior cartaginesa. ¿Fue ésta, a priori, agresiva, o acaso este aparente barniz imperialista que se le aplica a la política colonial de Cartago es en buena parte producto de la historiografía griega? La aclaración de este interrogante es básica para indagar los motivos de la expansión cartaginesa; y se trata desde luego de un problema arduo de resolver, pues los testimonios que sobre este tema poseemos provienen de autores griegos, generalmente hostiles a los cartagineses, cuya óptica está casi siempre dominada por acontecimientos sangrientos. A través de un superficial análisis de nuestras fuentes escritas pudiera parecer que la crónica de la expansión cartaginesa resulta determinada por una cadena de sucesos bélicos, de alianzas políticas y económicas, y que toda ella está influida por una latente amenaza militar surgida de Cartago. Efectivamente la mayor parte de la investigación ha dado crédito a esta versión, que ha llegado a convertirse en el credo de la política exterior de Cartago; la señora Hans se resiste a admitirla y los argumentos aducidos lo prueban: una detallada visión conjunta del escenario político-económico siciliano ayuda sin embargo a descubrir una política cartaginesa extremadamente hábil pero no audaz ni temeraria, sino más bien precavida y alineada dentro de esquemas defensivos. Durante muchas fases la postura cartaginesa aparece incluso titubeante frente a las impugnaciones de las comunidades griegas de la isla. En este aspecto las conclusiones obtenidas contribuyen a rectificar las posiciones que, siguiendo a Meltzer (*Geschichte der Karthager*, tomos I y II, Berlín 1879, 1896), y Schulten (*Tartessos*, Hamburgo 1950, 2.ª ed.), han ido adoptando mayoritariamente los historiadores modernos. La aportación de la señora Hans da razón a autores como Whittaker (*Carthaginian Imperialism in the fifth and fourth centuries B.C.*, en: *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge 1978, 59-90) o Meier-Welcker (*Himera und die Geschichte des griechischen Sizilien*, Boppard a. Rhein 1980), que ya expusieron sus dudas sobre el carácter agresivo del imperialismo cartaginés y coincide con un reciente estudio de C. González Wagner (*Fenicios y Cartagineses en la Península Ibérica*), Madrid 1983), que acabamos de leer.

Entrando en detalles merece ser resaltada la visión de las relaciones entre Cartago y las tribus o comunidades indígenas sicilianas. Con razón se pone de manifiesto, que éstas no parecen ser anteriores al siglo V a.C., hecho altamente significativo pues viene a corroborar la idea de que los antiguos contactos entre Cartago y Sicilia se desarrollaban en parte de manera indirecta, o sea, por mediación de las ciudades fenicias sitas en el extremo occidental de la isla. Este detalle entraña una importante

consecuencia por su ejemplaridad, ya que el sistema de comerciar mediante intermediarios, puesto en práctica por Cartago a través de los antiguos asentamientos fenicios, puede ser observado en casi todas las regiones del Mediterráneo occidental (5-32).

No existe pues un plan general que regule y coordine los principios de la actuación exterior cartaginesa, y dichos principios no pueden ser considerados ni mucho menos intervencionistas. Al contrario, las relaciones de Cartago con el mundo indígena las tramitan en principio los asentamientos fenicios, y mientras el sistema funciona Cartago se inhibe de tomar baza directa en él. Mas cuando por presiones interiores o exteriores estas cabezas de puente se hallan en peligro de desaparecer, sólo entonces Cartago está dispuesta a tomar medidas inmediatas de apoyo a sus intereses comerciales. En Sicilia, sin embargo, Cartago va un paso más adelante aún: a finales del siglo V establece una zona de dominio directo en la parte occidental de la isla. Pero los antecedentes que permiten consumir tal hecho se relacionan con la política interior griega, ajena a Cartago (expedición ateniense a Siracusa) y dentro de la cual la metrópolis norteafricana se limita a reaccionar aprovechando al máximo las circunstancias derivadas del fracaso ateniense ante Siracusa que culminarán con el establecimiento de la *epikratía* púnica en Sicilia (33-63).

Una segunda etapa de relaciones entre Cartago y las comunidades griegas de la isla, muy diferente a la anterior, queda configurada durante los siglos IV y III a.C. Esta se caracteriza por el afán de los cartagineses en consolidar su posición en la parte occidental de Sicilia contra las impugnaciones de Siracusa.

El cuadro trazado subraya acertadamente las principales incidencias de este litigio sin descuidar la febril actividad cartaginesa en otras ciudades griegas, tales como Agrigento, Gela y Mesina, importantes contrapuntos frente a la preponderancia siracusana (65-103).

Los dos últimos capítulos del libro se apartan del sistema cronológico-narrativo hasta aquí observado y ponen a colación el carácter (agresivo-defensivo) y las estructuras de la presencia cartaginesa en Sicilia. Tomando por base la política comercial púnica se analizan las implicaciones históricas de sus distintas fases de actuación en la isla, y se llega a la conclusión de que desde el siglo VI los intereses económicos influyeron sin duda en la política siciliana de Cartago, pero las diferentes intervenciones púnicas en la isla fueron motivadas en primer plano por factores políticos (105-118).

Finalmente se observan cuidadosamente los elementos clave que determinaban la dominación cartaginesa en el oeste de Sicilia; partiendo del término *epikratía* se intenta precisar su extensión territorial, incluyendo un estudio del material numismático púnico de la isla. En lo que concierne a la presencia militar cartaginesa notamos una excesiva credulidad respecto a las cifras que proporcionan las fuentes literarias, que a nuestro juicio son insostenibles. Un análisis del poblamiento púnico y de la organización del poderío cartaginés dentro de la *epikratía* constituyen los últimos enfoques de este instructivo libro, sólidamente elaborado (119-149).

Sin duda alguna el esfuerzo de la autora adquirirá su auténtica valoración el día en que poseamos estudios semejantes de cada una de las regiones integrantes del mundo cartaginés, que nos permitirán establecer comparaciones, las cuales a su vez posibilitarán una nueva visión conjunta sobre el tema de la expansión cartaginesa en el Mediterráneo occidental.

PEDRO A. BARCELÓ
Universidad de Eichstätt

DANIEL GILLIS: *Eros and Death in the Aeneid*. Roma. «L' Erma» di Bretschneider. 1983. 148 pp. ISBN. 88-7062-540-0.

Eros and Death in the Aeneid es un estudio de la ambigua relación amor-muerte que aparece en la Eneida, utilizando una metodología psicoanalítica. El autor, Daniel Gillis, del Haverford College de Pennsylvania busca el trasfondo sexual de algunas palabras utilizadas por Virgilio e intenta ahondar en las motivaciones que le pudieron llevar a crear una epopeya tras la que subyace la angustia por la situación romana tardorrepublicana.

Comienza Gillis su primer capítulo explicando parte de la bibliografía (enormemente extensa) que ha utilizado y planteando su metodología. Acepta dos ideas básicas; la primera es que el psicoanálisis no es sólo aplicable para fines terapéuticos, sino que puede usarse en diversos campos de estudio como pueden ser la mitología, la literatura, el folklore o la historia de las religiones, aparece como un instrumento general para aclarar problemas. La segunda es que el hombre es un usuario de símbolos y que especialmente los grandes escritores y artistas (entre los que cabe colocar a Virgilio) desarrollan una capacidad de tocar símbolos y emociones arquetípicas que apuntan a las raíces profundas de todo ser humano.

Más adelante nos presenta a su mentor metodológico: Freud. Hace de él una breve biografía en la que ahonda en su formación clásica; da a entender que estaba capacitado para leer y comprender a los clásicos en mayor medida que cualquier filólogo actual y que sentía gran atracción por el mundo clásico. Esto se trasluce en algunos de sus hallazgos como por ejemplo la preeminencia que otorga a los sueños, muy semejante a la que se daba en el mundo antiguo.

La tesis de este primer capítulo y base de todo el estudio la toma Gillis de Freud: palos, árboles, lanzas, cuchillos, espadas que aparecen en *La interpretación de los sueños* como objetos que simbolizan el falo tienen esta misma significación en la Eneida. La sangre simboliza al semen y así toda la obra de Virgilio desde su argumentación básica (la historia de los descendientes de Venus) tiene un contenido erótico subyacente que el autor investiga.

El segundo capítulo trata de la estancia cartaginesa de Eneas y su fallida boda; muerte y amor acompañan al héroe en la interpretación de Gillis. El amor en términos que esconden lo brutalmente sexual aparece en la promesa de unión racial entre troyanos y cartagineses que acompañaría las nupcias de Dido y Eneas. El sueño de Dido (*En.* 4-465, 468) se relaciona con el quinto sueño que estudia Freud en sus *Lecciones introductorias al psicoanálisis* y que presenta un fuerte simbolismo sexual soterrado. El tálamo nupcial de la abandonada Dido se convierte en muerte, en pira funeraria y el falo de Eneas es la metafórica espada que acaba con la vida de la reina. El suicidio de Dido es la consumación de la boda y Eneas aparece como ambiguo amante asesino.

El siguiente capítulo estudia otra de las relaciones ambiguas amor-muerte. En este caso es Palante (*Pallas*) joven al que Eneas toma gran cariño. Las palabras que utiliza Virgilio en esta ocasión son parecidas a las que dedicó a la relación de Dido con Eneas; la muerte de Palante ante Turno es un desenlace parecido. En la pelea se utiliza un vocabulario criptico (*pondera*-testículos; *ingens*-erecto; *ramis*-falo) que hace que Gillis la entienda como un acto sexual simbólico. Palante, cuyo nombre relaciona el autor con *φαλλός* y también con *πάλλω* (originalmente virgen) es un hombre incompleto que pierde su virginidad no con una mujer sino en un combate brutal: su